

gramsci.



**Vigencia y Renovación
del Marxismo**

El presente material he sido recopilado del semanario Alternativa Socialista. Con el paso del tiempo, los trabajos de este brillante intelectual italiano ha crecido en virtud de la vigencia que los mismos tienen. Esperamos que estos aportes sirvan a la discusión que ésta continuamente cambiante época necesite

Los editores.

Algunos temas en los "cuadernos" de Antonio Gramsci

La cuestión de la revolución en países en los cuales la sociedad civil está desarrollada y la política adquiere dimensión de masa, lo cual implica la creación de una nueva hegemonía y un nuevo bloque histórico; la reformulación de la temática del estado, y más allá aún, una visión más cabal y afinada del poder, son algunas de las nuevas tónicas que, creando una verdadera ciencia política marxista, convertirán a la obra de Gramsci en un salto cualitativo y enriquecedor en la gran corriente del socialismo científico.



la cárcel (1926 - 37). Los "Cuadernos de la cárcel" corresponden a esta última etapa. Elaborados en condiciones particularmente difíciles, las propias de la vida de todo recluso, la imposibilidad de consultar ampliamente los libros y documentos necesarios, el progresivo deterioro físico y la discontinuidad de la comunicación con el mundo exterior, constituye otro ejemplo más de triunfo de la voluntad revolucionaria por sobre los muros que pretenden aprisionarla.

El resultado de este trabajo, los 32 cuadernos, muchas veces notas breves, tal vez para completar o reelaborar más adelante, eran para Gramsci la vida misma, su modo de continuar la lucha revolucionaria, de permanecer ligado al mundo y a los hombres. En general sus temas se entremezclan o permanecen inconclusos, pero más allá de la aparente fragmentariedad, presentan, según desarrolla G. Fiori en su "Vida de Antonio Gramsci", una idea central, de fondo, en torno a la cual, giran gran parte de las notas dispersas.

Los intelectuales y la cuestión nacional

Esta idea central está ya presente en un ensayo anterior (1926) sobre la cuestión meridional italiana. Allí se planteaba la temática de las alianzas de clase: el proletariado sólo podrá triunfar sobre la burguesía en la medida que consiga ganar a su causa a las otras clases que no vivan del trabajo ajeno.

Se insinúa en ese trabajo el pasaje del clásico esquema dual, el enfrentamiento de las dos clases antagónicas (proletariado - burguesía), a un planteo triangular, en el cual triunfará aquella de las dos clases fundamentales que consiga atraer a su campo el conjunto de las clases

subordinadas (campesinado, pequeña burguesía, capas medias, etc.).

Gramsci piensa que la clase campesina (y agregaríamos nosotros también a otras clases subordinadas), está hegemonizada ideológicamente por la burguesía, e integrada con ella en un bloque histórico en el cual los intelectuales medios ejercen el papel de difusores de la concepción de la vida y de la cultura de la burguesía. Concepción a su vez elaborada por los grandes intelectuales de la clase dominante.

Para separar al campesinado del dueño de la tierra, son necesarios nuevos intelectuales que elaboren una nueva concepción de la vida opuesta a la burguesía y capaz de sustituir a ésta en la conciencia de las clases explotadas. Los Cuadernos son la continuación del ensayo sobre la cuestión meridional, a través de la temática de la función de los intelectuales en la historia de Italia hasta su unificación y de la crítica de las filosofías que dan su fundamentación al dominio burgués.

Fuerza y consenso

Retomando una línea de pensamiento ya presente en Maquiavelo, Gramsci piensa que la dominación de clase tiene sus partes no sólo en la violencia de la clase dominante, en la capacidad coercitiva del aparato del estado al servicio de la burguesía, sino también en la adhesión de los gobernados a la concepción del mundo propia de la clase dominante. La filosofía de éste, a través de una serie de vulgarizaciones sucesivas, se ha convertido en sentido común, o sea, la filosofía de las masas las cuales aceptan la moral, las costumbres, los valores y la cultura de la sociedad en la que viven.

Comprender cómo la burguesía ha llegado a obtener el consenso de las clases explotadas y cómo éstas podrán derrotar el viejo orden e instaurar un nuevo orden socialista, implica ahondar una rea-

Antonio Gramsci nació en Ghilarza, una pequeña localidad de la isla Cerdeña en 1891, llega como estudiante a Turín en 1911, donde une su vida al movimiento obrero, ingresando en 1913 al Partido Socialista. Desde el principio apoya a la Revolución Rusa y se ve inmerso en la primera línea de la gran conmoción revolucionaria que recorre a la Europa de la post-guerra.

Orientador del movimiento de los consejos de fábrica, director de l'Ordine Nuovo, va a estar entre los fundadores del Partido Comunista Italiano en 1921, a cuya dirección accede en 1926, año en que es encarcelado por el régimen fascista, en cuyas prisiones pasará prácticamente los once años que restan de su vida.

Portantiero distingue tres etapas en la producción teórica de Gramsci: el período del auge revolucionario (1917 - 21), el momento del refluxo (1921 - 26) y el período de

lidad bien concreta: cada sociedad es un particular sistema hegemónico en el cual estas relaciones se articulan de un modo intransferible, y de ahí la necesidad de la consideración atenta del elemento nacional - popular en la elaboración del propio proyecto socialista.

Concepto de hegemonía

En Gramsci la hegemonía aparece como la potencialidad de una clase para dirigir a otras clases a través de un proyecto y de instituciones aptas para abarcar sus expresiones.

Para la clase hegemónica, esto implica hasta cierto punto superar sus intereses corporativos inmediatos a fin de poder abarcar en su proyecto a las otras clases subordinadas con las cuales construir el nuevo bloque hegemónico por la burguesía, el cual se convertirá en bloque histórico cuando acceda al control del estado. Completar la construcción de una nueva hegemonía implica ejercerla a través del estado y de las instituciones de la sociedad civil.

La hegemonía tiene sus raíces en la economía, o sea el grupo dirigente es la clave de la actividad económica, sus contenidos son ético - políticos (o ideológicos y culturales), tiene como espacio de constitución a la política y se realiza a través de aparatos hegemónicos (el estado y las instituciones de la sociedad civil).

Estado y sociedad civil

En Gramsci el Estado en un sentido amplio, aparece como hegemonía acorazada de coerción. Otras veces aparece una fórmula equivalente: Estado en sentido ampliado es coerción más consenso a sociedad política (estado en el sentido restringido o habitual del término) más sociedad civil. La sociedad civil, como ámbito de lo privado, opuesta a la sociedad política (o estado propiamente dicho), como ámbito de lo público, aparece como mediadora

entre la infra-estructura y la super-estructura, hunde sus raíces en la vida cotidiana, en la producción, gestando las mentalidades y la cultura que crean el consenso a un modo determinado de dominación.

En sus artículos sobre el taylorismo y el fordismo, donde muestra las innovaciones que a partir de cambios en la organización social de la producción se operan en las costumbres y en la vida cotidiana, en sus alusiones a la obra de Freud (en la línea de la relación cultura - represión sexual), Gramsci presenta su visión sobre la rica articulación, lejos de todo esquema economicista o mecanicista, que a su juicio se da entre el nivel infra-estructural y la cultura y la psicología de los hombres.

En Gramsci, la hegemonía pasa por la organización de la sociedad civil, ámbito donde se construye en una "serie de trincheras" de instituciones privadas, intermedias entre el estado y el individuo (sindicatos, el sistema escolar y educativo, partidos, iglesias, medios de comunicación, todo tipo de organizaciones barriales, comunales, cooperativas, etc.), en relación a las cuales el estado es una trinchera avanzada detrás de la cual hay una "robusta formación" - modo de vivir y de pensar, las aspiraciones, la moral, las costumbres, que la mayoría de las personas, conformándose a la concepción del mundo difundida por la clase burguesa, han hecho propias.

Gramsci distingue Oriente de Occidente como términos no meramente geográficos. Occidente alude a aquellos países en los cuales se ha dado un importante desarrollo de la sociedad civil; en Oriente, por el contrario, el estado es todo y la sociedad civil es "primordial y gelatinosa".

En Occidente se impone la estrategia de la "guerra de posiciones", fundada no ya en la conquista pura y simple del estado "trinchera avanzada", sino en el apoderamiento de la "robusta fortaleza de casamatas", de la sociedad civil, previo a la conquista de la trinchera avanzada

y para la conservación de esta posición.

Subyace por detrás una concepción más afinada del poder, el que no se circunscribe al aparato del estado sino que se ejerce y se construye permanentemente en todas las mallas de la sociedad civil.

Como los socialistas decíamos en 1984, en nuestros desarrollos de la "Democracia sobre nuevas bases", de la misma forma, el poder alternativo del proletariado, debe construirse paso a paso, previo a la conquista del aparato del estado, enfrentamiento que tiene como escenario los ámbitos de la sociedad civil, ganando para el socialismo el conjunto de las clases que no viven del trabajo ajeno. "Un grupo social puede llegar a ser, de este modo, dirigente incluso antes de conquistar el poder gubernamental (y ésta es una de las condiciones principales para la conquista del poder), después cuando ya ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en sus puños, se convierte en dominante pero debe seguir siendo dirigente".

Ejercer la función dirigente en el seno del pueblo implica resolver las contradicciones no antagónicas que a ese nivel puedan darse, no con el recurso de la fuerza o de medidas burocráticas sino a través de la hegemonía de la dirección moral y de la lucha ideológica.

Gramsci y Lenin

Respecto a la relación de su pensamiento con el de Lenin, Gramsci señala en los Cuadernos: "Me parece que Ilich habría comprendido la necesidad de pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en el Este en 1917, a la guerra de posiciones, la única posible en el Oeste... Pero Ilich no tuvo tiempo de profundizar su fórmula...". O sea, Gramsci desarrolla su concepción pensando en un ámbito determinado, lo que él llama Occidente, y avanzando en terrenos en los cuales Lenin no había tenido oportunidad de profundizar.

Por otra parte, a partir de 1921,

Lenin habría vislumbrado la nueva estrategia a aplicar en Occidente. No hay oposición entre los desarrollos de Gramsci y de Lenin en el sentido de que en el sistema de pensamiento de cualquiera de los dos autores no existen patrones o moldes con los cuales calibrar la posible adecuación o desviación de una concepción, sino que por el contrario el marxismo es en ambos una guía para la acción y un marco referencial con el cual interrogar a la realidad concreta.

El Partido

Corresponde a los intelectuales orgánicos de la clase obrera la tarea de conquistar a su causa a los intelectuales tradicionales y convertir juntos la nueva concepción del mundo en sentido común. Quitándole así las funciones de dirección cultural y de dominio a la burguesía, podrá realizarse la hegemonía del proletariado.

El "intelectual colectivo" de la clase obrera es el partido, el "Príncipe moderno", sintetizador de la voluntad colectiva nacional y popular. "El Príncipe moderno debe y puede ser el pregonero y el organizador de una reforma intelectual y moral, lo cual significa crear el terreno para un desarrollo ulterior de la voluntad colectiva nacional - popular hacia la plena realización de una forma superior y total de civilización moderna".

El partido, aparece así como el organizador, el intelectual colectivo de la clase obrera, pero también como su expresión. La teoría del partido no está centrada en problemas de organización y de técnica sino en su relación con la clase y con el pueblo.

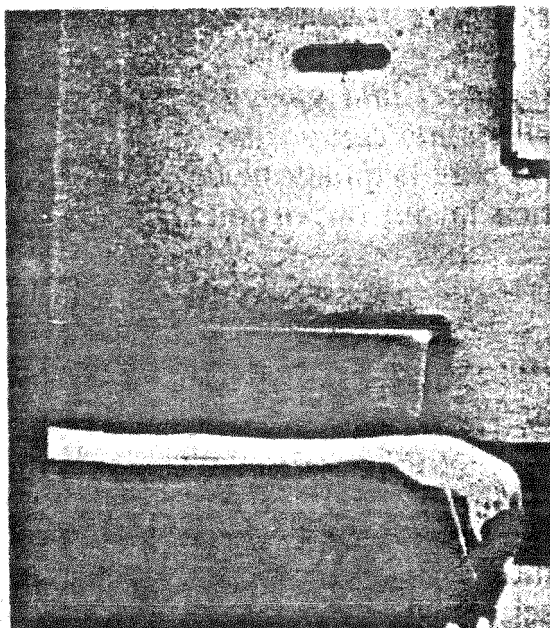
Dentro de su concepción general opuesta al autoritarismo, Gramsci distingue el centralismo democrático de la deformación que designa como "centralismo burocrático", en el cual el partido es meramente ejecutor perdiendo su riqueza, su vida democrática y su movimiento. No

aparece el partido como órgano ajeno a la clase a la cual aporta un conocimiento y una conciencia elaborada desde el exterior, sino como parte de la clase, incrustado en ella, revelándole a ésta una conciencia que se encuentra en su seno en estado inminente, en una concepción que guarda ciertas relaciones con la que más adelante va a desarrollar Mao con su dialéctica masas - partido, en la cual ambos términos aprenden y avanzan uno con el otro.

En la concepción gramsciana los movimientos sociales están muy lejos de carecer de iniciativa política y ser meros órganos auxiliares y correas de transmisión del partido. Por el contrario las masas se organizan de manera autónoma y el partido conquista la hegemonía desde el interior de ellas.

La revolución es un hecho de masas y el poder es ejercido por ellas. Mientras que para la concepción stalinista se trata de capturar el aparato del estado y convertir a éste en el único titular del poder, dejando así a la sociedad carente de iniciativas políticas, en la concepción gramsciana al igual que Lenin en "El Estado y la revolución", se trata de crear una democracia permanente y de masas, de construir el poder popular, cumpliendo con la fórmula que alguna vez enunciamos como "politizar la sociedad civil y socializar el estado", reencontrándonos así con una vieja temática en Marx, la de la extinción del estado como proceso de fusión y reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil ■

Manuel Laguarda



La noción de Hegemonía de A. Gramsci.

Manuel Laguarda, se refiere en esta oportunidad al tema de la hegemonía, explicando el concepto, las definiciones de Gramsci y también su significado en la concepción de los socialistas uruguayos.

L'ORDINE NUOVO

Rassegna settimanale di cultura socialista

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

1925. 4. - 2. A.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

La conquista dello Stato

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

Editoriale: Antonio Gramsci, Hegemonía y cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista. Gramsci y la cultura socialista.

"L'Ordine Nuovo".

Historia del concepto

La cuestión de la hegemonía en el pensamiento marxista arranca ya con el Manifiesto de 1848. Allí, Marx y Engels, planteaban que el proletariado "establecerá su supremacía derribando a la burguesía" y que el estado se identificará con "el proletariado organizado como clase dirigente".

Los términos "supremacía" y "clase dirigente" implican un doble contenido: la generación de un consenso para guiar a los gobernados y la dominación sobre los antiguos explotadores. Así, entre la dirección-dominación que implica la fuerza del aparato estatal y la dirección política en un sentido amplio, se presentan una serie de situaciones donde la hegemonía puede ser más o menos autónoma, en relación al hecho de la dominación en el sentido ético.

Kautsky en "El camino hacia el poder" usó la expresión en el sentido de dominación y supremacía del proletariado. Plejanov la empleará a partir de 1887 para designar la necesidad de una lucha específica y autónoma de la clase obrera en la dirección del proceso revolucionario ruso. Lenin, en 1905, ("Dos tácticas") utilizó el término en un contexto político bien determinado: la dirección por el proletariado de la revolución democrático-burguesa de 1905, demostrando la incapacidad política de la burguesía para conducir a fondo dicho proceso.

Lenin criticó la posición economicista de los mencheviques de que una revolución democrático-burguesa debía ser conducida por la burguesía liberal. Para Lenin, debía dirigirla el proletariado, constituyéndose en fuerza política independiente aliándose con los campesinos y, de esta forma, "realizar la idea de hegemonía". En 1924, Stalin y Bujarin, en su polémica contra Trotsky, dirán que las posiciones de éste "al menosprecian el papel de los campesinos niegan la idea de la hegemonía del proletariado".

La noción de hegemonía

En Gramsci, la hegemonía que estaba en estado práctico en la experiencia turinesa de los consejos de fábricas de 1919, va a asumir su estatuto teórico a partir de 1924. En 1919, reflexionando acerca del movimiento de los consejos, en un artículo aparecido en L'Ordine Nuovo, Gramsci plantea que "el estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la

clase obrera explotada. Relacionar esos institutos entre sí significa crear desde ya una verdadera y propia democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués".

Estas reflexiones, referidas a los consejos de fábrica y a los consejos de barrio de los trabajadores, son el anticipo del concepto de la guerra de posiciones y de la idea de que, la hegemonía del proletariado se construye en las etapas previas al acceso al poder del Estado, siendo esto la garantía de la solidez del poder de los trabajadores.

También puede inferirse la propuesta de una democracia directa, permanente y de masas, que desde los centros de la producción, desde la base de la sociedad, se va construyendo como poder alternativo de los trabajadores, en contraposición del estado burgués, y como anticipo de un futuro estado revolucionario donde la democracia sea un hecho vivo y real, que implique el progresivo acortamiento de la distancia entre gobernantes y gobernados. En 1924, en un artículo de L'Ordine Nuovo en el que alude explícitamente al trabajo de Lenin de 1905, Gramsci plantea que "la revolución se presenta prácticamente como una hegemonía del proletariado que guía a su aliado, la clase de los campesinos".

Aquí la hegemonía es una dirección de clase, lo cual implica que la clase obrera se constituya como fuerza política autónoma e independiente, de ahí la necesidad de un partido de vanguardia. Una dirección de clase que se ejerce en el marco de una política de alianzas, de ahí la necesidad de individualizar las "fuerzas motrices" de la revolución, su base popular y clasista.

Las clases se definen en el marco de la lucha política e ideológica en la que el proletariado debe ser el guía de los explotados en el campo de las ideas (de la teoría) y de la práctica (de los actos).

En el ensayo de 1926 sobre "La cuestión meridional", Gramsci maneja la noción de hegemonía como proceso de dirección política e ideológica basada en una alianza de clases. "El proletariado puede volverse clase dirigente en la medida que acceda a crear un sistema de alianzas de clases que le permitan movilizar, contra el capitalismo y el estado burgués, a la mayoría de la clase trabajadora".

La hegemonía aparece así como la base social del nuevo estado revolucionario asegurada en el consentimiento de las masas, a través de un sistema de alianzas. A esto se agrega la distinción de la doble función del proletariado como clase dominante (sobre los adversarios, las clases explotadoras) y como clase dirigente (sobre el conjunto de clases que no viven del trabajo ajeno).

Una clase, para ser hegemónica, deberá, hasta cierto punto, renunciar a sus propios intereses corporativos para incorporar y articular a su propio proyecto las reivindicaciones y valores culturales de las clases aliadas. En los "Cuadernos de la cárcel" la noción de hegemonía se amplía en un doble sentido: por un lado, como concepto teórico y analítico con una profundidad mayor que en el ensayo de 1926, y por otro, su utilización se vinculara a una nueva estrategia de la revolución, distinta a la del Octubre ruso y vinculada al concepto de guerra de posiciones: "La guerra de posición en poli-

tica es el concepto de hegemonía".

La hegemonía como concepto teórico y analítico

En los Cuadernos cambia el objeto y la perspectiva del concepto de hegemonía. Hasta este momento, el término estaba relacionado a la hegemonía del proletariado, ahora se extiende a otras clases y así se reinterpretan otros procesos históricos vinculados a la constitución de la hegemonía de la burguesía. Al mismo tiempo, el concepto es empleado para analizar los nexos entre estado y sociedad, marcándose así la distancia con toda concepción economicista.

"En política, los errores proceden de una comprensión inexacta del Estado en su sentido integral: dictadura más hegemonía". Este sentido integral del Estado, que implica la ampliación de su noción tradicional, asume a veces otras fórmulas: "Estado igual a sociedad civil más sociedad política".

Más sutilmente, se plantea otra concepción del poder que, más allá de los aparatos estatales, guardan alguna conexión con la que más adelante, y en otro contexto, va a desarrollar Foucault en su "Microfísica del poder". Junto al poder estatal existen micropoderes donde menos se los espera, que representan otros espacios donde se crean los valores y la cultura, se difunde la microfísica del poder y se enfrentan, en otros escenarios, la hegemonía burguesa y la contrahegemonía proletaria.

Corresponde recordar la distinción entre Oriente y Occidente, así como la reiterada imagen

de las trincheras y fortalezas que mencionábamos en el artículo anterior dedicado al tema (Alternativa N° 37). La sociedad civil, aparece como bisagra entre las superestructuras y la infra-estructura.

La noción de la política se amplía, su campo no se limita al Estado, el cual, al mismo tiempo, no se reduce aquí a ser un simple instrumento, sino que Gramsci lo concibe como síntesis de un sistema hegemónico ramificado en la sociedad civil a través de las instituciones presentes en ella, que actúan como aparatos hegemónicos (sistema educativo, prensa, organizaciones sociales, etc.).

De esta manera las relaciones de dominación, que no coinciden necesariamente con las relaciones de explotación, se constituyen también en ámbitos políticos, donde se disputa el poder de los bloques enfrentados. Esto nos lleva a considerar la presencia de otros sujetos sociales, no preexistentes de antemano, y que se constituyen en el discurso y en la práctica, caso de los nuevos movimientos sociales y del movimiento de las mujeres en particular. Igualmente la percepción de otras dimensiones de lo social (trabajo, vida privada, los ámbitos de la reproducción social y de lo cotidiano) donde también se disputa el poder.

Todo lo anterior, para el Partido revolucionario, implica una extensión cultural e intelectual de su función. "El Principio moderno (o sea el Partido) para ser hegemónico, debe practicar una verdadera reforma intelectual y moral destinada a crear una voluntad colectiva nacional y popular, creando un nuevo

sentido común y socializando los conocimientos y la nueva visión del mundo". Se destaca otra vez la importancia de la cuestión nacional y popular en la definición del hecho hegemónico.

De esta forma el **concepto gramsciano de hegemonía no se confunde con el de consenso**. Hay dos tipos de consenso: el pasivo, en el cual las tareas dirigentes de una clase pasan por el Estado y su fuerza coercitiva, en esos casos de "dictadura sin hegemonía" o de "revolución pasiva", las masas pueden ser incorporadas burocráticamente o policialmente al Estado, pero de manera pasiva. Por el contrario, el consenso activo, o expansivo u orgánico, pasa por la capacidad de una clase de transformarse en "clase universal", de hacer progresar al conjunto de la sociedad, avanzando más allá de sus propios intereses estrechos o corporativos. En el límite, la hegemonía, plantea Gramsci, se hace sinónimo de la democracia.

La hegemonía como estrategia

Planteadas para las sociedades complejas del "Occidente", hegemonía se identifica con la guerra de posiciones a desarrollarse en el seno de la sociedad civil como tarea previa a la conquista del poder y como condición permanente de su ejercicio y de su conservación.

Esta estrategia implica reconocer el pluralismo de estas sociedades más complejas, donde junto a los partidos, actúan una serie de instituciones y de movimientos sociales, no

necesariamente subordinados a aquellos.

La hegemonía es así también un proceso de articulación de nuevos sujetos revolucionarios, que se constituyen en el discurso y en la práctica. Todo lo anterior no implica plantear que Gramsci eluda el momento de la fuerza en el Estado o en el ejercicio del poder, o la necesidad de conquistar el aparato del Estado para consolidar la hegemonía, pero sí supone tomar distancia con el reduccionismo economicista, que plantea estos procesos como mero "reflejo" de la infraestructura.

Para los socialistas uruguayos, hegemonía no es

igual a homogeneidad y semejanza o a unanimidad. Por el contrario, en nuestra concepción pluralista de la hegemonía, se trata de construir la unidad del pueblo a partir del reconocimiento de las diferencias, rechazando todo intento de eliminar a éstas por la uniformización o la exclusión.

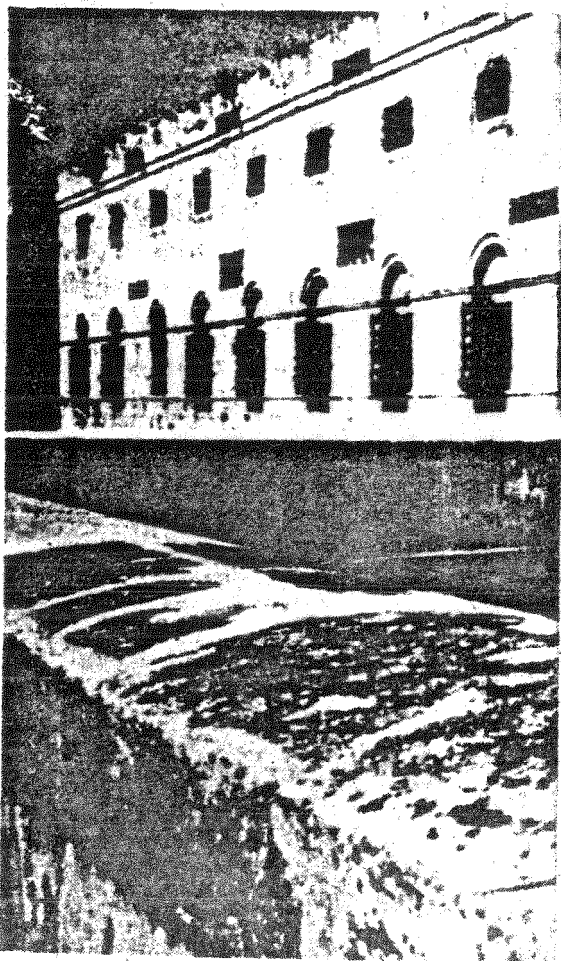
Esto implica pluralismo de ideas, de partidos, de sujetos sociales y de centros de poder en una sociedad que se plantee construir el proyecto socialista.

Manuel Laguarda



La tessera di riconoscimento del Comintern.

Razones para una Democracia Popular



Il carcere di Turi.



sobre sus reflexiones y sus actitudes en los largos años de la cárcel se ha desplegado una multitud de operaciones, tendientes todas a descifrar de sus textos y de su práctica claves capaces de convalidar alternativamente orientaciones políticas opuestas.

Existe, por ejemplo, un Gramsci precursor del "togliattismo", esto es, de la política prudente del comunismo italiano en la segunda posguerra, considerada por algunos como una reedición de la que llevara a cabo la socialdemocracia alemana en vísperas de la primera guerra mundial. Esta es la versión más difundida, más estable, apuntalada por un enorme aparato partidario que la ha colocado en el plano más alto de su santoral.

Otro Gramsci, en el extremo opuesto, alimenta desde sus "es-

critos de juventud", una visión es pontaneísta de los procesos revolucionarios en los que el papel de la organización política, como instrumento de la transformación social, estaría subordinado a un plano casi inexistente. Este es el Gramsci "conciliador"; profeta exclusivo de la organización obrera en las fábricas, mentor de una democracia proletaria que no se articularía, sino por adición, en una fracción política. Padre fundador para cierta izquierda "obrerista" europea de mediados de la década del 60, su obra, en esta tradición, se deslinda de Lenin y prefiere las cercanías de Rosa Luxemburgo de Sorel.

Así fragmentado, Gramsci fue (y es) sometido a usos diversos. Los recortes mencionados han llegado también a sus escritos. Recién hoy estamos en condiciones de conocer en forma completa sus "cuadernos de la cárcel", porque las anteriores ediciones estuvieron sometidas a filtros de censura partidaria. La publicación a partir de 1948 del contenido de sus apuntes de prisión, con un agrupamiento de "libros" que Gramsci jamás escribió, no permitió una reconstrucción cronológica y lógica de sus reflexiones de prisionero.

Pero el conocimiento parcializado sigue abarcando a sus artículos publicados en la prensa comunista entre 1921 y 1926. Hasta 1966 los mismos no habían empezado a ser recopilados en volumen: en ese año es editado un primer tomo y en 1971 un segundo. Ambos son, además, incompletos.

No hace mucho que está al alcance de todos la correspondencia intercambiada entre Gramsci, Togliatti y otros dirigentes del PCI entre 1923 y 1924, ni la carta dirigida por Gramsci al comité central del PC de la URSS en 1926, acerca de las luchas internas entre el sta-

linismo y la oposición de izquierda. También es reciente el conocimiento que se posee, a través de la publicación de los recuerdos de algunos testigos, del distanciamiento operado entre Gramsci, preso político sometido a durísimas condiciones, y la dirección del PCI, a propósito de los cambios de línea que ésta propicia para ajustarse a las indicaciones del VI Congreso de la Internacional Comunista.

Por fin, hasta las cartas enviadas por Gramsci desde la cárcel han sido retaceadas: recién en 1965 se tiene una edición amplia, aunque la misma no es tampoco completa. La primera, de 1947, había sido zafadamente recordada: no estaban en ella las cartas que podían disgustar a la historia oficial del PCI, las que podían comprometer las relaciones con la URSS y ni siquiera aquéllas que pudieran dar la imagen de un hombre desalentado, solo y enfermo, que enfrenta a la cárcel con una voluntad admirable pero que es capaz, también, de desfallecimientos y de angustias íntimas.

Con todas estas limitaciones para su conocimiento integral, Gramsci se presta más aún que otros para transformarse en un espacio vacío, apto para recibir cualquier contenido, para ser sometido a usos diversos según las necesidades de cada momento. Refiriéndose a las zigzagueantes formas de acercamiento al legado gramsciano realizadas por el PCI, escribe Rossanna Rossanda que "el modo a través del cual un partido reflexiona sobre su propio pasado nunca es un problema de historia, sino un problema de política: una confesión acerca de lo que se es o se desea ser en el presente". En efecto, si a mediados de la década del 50 los comunistas italianos se preocupan en presentar a un Gramsci "ortodoxamente leninista", el hecho que tiene

que ver con el temor que la crisis del stalinismo involucrara, especialmente entre los intelectuales, una crítica a las condiciones que en Rusia hicieron posible la dictadura burocrática, y que esa crítica se basara en el desarrollo del pensamiento gramsciano, como alternativa también frente al leninismo. Parece claro, simultáneamente, que una década después, cuando el operativo cambia de dirección y el Gramsci que se presenta es una suerte de precursor de vastas alianzas democráticas, las que han variado son las necesidades políticas coyunturales del grupo dirigente del PCI, parecidas en ese momento a las que motivaron, terminada la guerra, la publicación de sus "cuadernos de la cárcel". Otra vez como entonces, ahora tras el fracaso de la coalición de "centroizquierda", el PCI parece cerca del poder: se hace necesario un Gramsci que apunte la política del "compromiso histórico".

"Espontaneísta", "leninista", anunciador del "amplio frente popular", Gramsci ha sido siempre sospechado en América Latina de "socialdemocratismo". A ello ha contribuido, sin duda, la forma marginal, casi subrepticia, con que el "ala liberal" del partido comunista argentino lo introdujo en español. Se trataba de un Gramsci despolitizado, con una biografía que no atravesaba las tensiones internas al movimiento comunista de su tiempo: un Gramsci ejemplarmente antifascista (hasta el límite de sacrificar su vida), pero además "culto", amplio en sus horizontes para juzgar la literatura y la estética: un contendor, a su misma altura, de Benedetto Croce.

Encerrados en esos límites estrechos, jamás utilizados para un desarrollo político de sus premisas, vistos como la obra de

un "humanista", los libros de Gramsci dejaron escasa huella en el debate político latinoamericano, rebajando el significado histórico de un revolucionario a la altura de los más grandes. No un anti-Croce, comunista y mártir, sino mucho más: uno de los jefes socialistas más lúcidos que ha dado el siglo, comparable a Lenin, superior a Lenin en muchos aspectos.

GRAMSCI Y LENIN

Las relaciones entre Gramsci y Lenin han sido —y son— un tema polémico. Cuando, por ejemplo, se hace mención a los textos publicados entre 1915 y 1918 de crítica al socialismo positivista italiano y de elogio a la Revolución Rusa; o cuando los que se analizan son los trabajos aparecidos en el período del primer "L'Ordine Nuovo, el del "bienio rojo" de 1919-1920, en los que notoriamente los temas de la democracia obrera, de los consejos de fábrica y del sovietismo como forma de organización estatal están más presentes que el problema del partido, su importancia es minimizada: los mismos serían "pre leninistas". Como si el interés por la obra de un revolucionario se agotara en descubrir el "antes y después" de la Revelación, del momento en que a la misma le llegó "el olor de santidad" y no en verla como un proceso permanente de producción de conocimientos en contacto con la realidad que se quiere transformar, y en el que siempre se suceden los errores y los aciertos parciales.

Para el socialismo del siglo veinte esta divisoria de aguas parece haber sido establecida en el leninismo, como si éste fuera un punto de llegada definitivo, un texto sagrado, la frontera que separa la ignorancia de la verdad. Y si el leninismo fue

una ruptura en la tradición socialista, lo fue porque condenó políticamente el salto revolucionario que exigía la crisis europea planteada por la guerra y que la socialdemocracia (producto de una etapa anterior pero no por ello ajena a la historia del socialismo) fue incapaz de dar. Lenin le introdujo al marxismo voluntad de poder y no una doctrina canónica. Quebró los sueños evolucionistas alentados por el espectacular crecimiento de la socialdemocracia desde 1890 y expresó así una reverberación revolucionaria, cuyo primer nudo histórico se planteó alrededor de 1905, en relación con la revolución rusa de ese año. Ese proceso popular, que venía a cerrar el paréntesis reformista abierto en el movimiento socialista tras la derrota de la Comuna de París, influyó decisivamente sobre toda una generación y permitió delinear, frente a la oposición entre "revisionistas" y "reformistas" que dividía a la socialdemocracia, una tercera alternativa. Esa tercera alternativa, revolucionaria, tendrá su eje en los bolcheviques, pero abarcará en la misma Rusia a un sector de los mencheviques (Trotsky lo fue entonces) y se extenderá, como minoría, a otros países y partidos: los austromarxistas en Viena, por ejemplo, y el grupo entre alemán y polaco de Rosa Luxemburg, Liebknecht y Radek.

Esta izquierda de la socialdemocracia coagulará su primera intención organizativa de tipo internacional en Zimmerwald (1915) y tendrá como detonante la actitud de solidaridad con las burguesías de cada uno de sus países, adoptada por las direcciones de la socialdemocracia.

El producto más homogéneo de ese proceso fue el que tuvo lugar en Rusia, bajo la dirección de Lenin y los bolcheviques. El

resto de las nuevas izquierdas fracasó en su camino hacia el poder y ese fracaso, sobre todo el del grupo alemán, tuvo consecuencias muy graves para el desarrollo del proceso revolucionario, incluido, por supuesto, el propio proceso revolucionario en Rusia. Gramsci fue un actor ardoroso de ese ciclo que encuentra su vértice entre 1917 y 1921. En ese sentido, no hay dudas que era un "leninista", como podría decirse que lo fue Rosa Luxemburg, quien se enfrentó duramente con Lenin sobre muchas cuestiones decisivas. Pero es que el "leninismo" no era entonces un cuerpo cerrado de doctrina. Cuando sus textos fueron sacralizados y la ortodoxia fue amparada como mensaje ecuménico por el Estado soviético, recién aparece el juicio por comparación: correctamente leninista, medianamente leninista, escasamente leninista.

La operación es cómoda, pero no necesariamente imaginativa ni útil. En el caso de Gramsci, si se aplica ese patrón de medida, podría decirse que en muchas cosas, algunas de ellas centrales, se aparta de la letra de Lenin, aun cuando como jefe político de un partido miembro de la Internacional Comunista manifieste siempre una fidelidad explícita con su pensamiento. El hecho no debería ser demasiado grave: lo que interesa ver es la relación entre la teoría y la práctica que va construyendo y la sociedad que procura subvertir; no la relación de unos textos con otros textos. La forma, en fin, en que Gramsci trató de resolver para Italia lo que Lenin trató de resolver para Rusia y, además, el modo en que esos análisis pueden integrar una herencia teórica y práctica universal. Por eso, calificarlo en tren de elogio casi insuperable como el "Lenin de Occidente", el Lenin de hoy para las

sociedades industrializadas, no significa más que una metáfora que, en el mejor de los casos, no nos permite avanzar demasiado en la evaluación crítica de una trayectoria política.

LOS TRES MOMENTOS GRAMSCIANOS

La herencia de Gramsci no se valida en relación con la cercanía o el alejamiento frente a los cuarenta y tantos tomos de Lenin, sino en tanto pueda servir de estímulo para una tarea revolucionaria concreta. Nuestra propuesta implica ver a su obra como el testimonio ideológico y político de una estrategia de largo alcance para la conquista del poder; como el desarrollo más consecuente de las hipótesis planteadas en el III y en el IV Congreso de la Internacional Comunista (1921 y 1922), que suponen la revisión primera de los planteos clásicos de "toma de poder" inscritos en la acción de los bolcheviques en 1917. Revisión que en otras condiciones Mao realizará en los hechos y que en su desarrollo incluye, además, otras modificaciones sustantivas: no jacobinismo de los partidos, formas diferentes de plantear la relación entre espontaneidad y conciencia, vigorización de la autonomía de los "movimientos de masas" frente a las "vanguardias políticas", necesidad de análisis por menorizados de cada sociedad nacional como sistema hegemónico particular.

La propuesta involucra, al fin, también un uso de Gramsci. Este uso no es el único posible y ni siquiera el único "verdadero". Se adapta a nuestras necesidades y permite reconstruir, en clave política y desde el presente, la globalidad de una obra considerada como producción permanente (aunque no siempre infalible) y no como una sumatoria de posiciones parcia-

les (el Gramsci "conciliar", el Gramsci "político", el Gramsci "teórico") a las que se valoriza unilateralmente. La reconstrucción no implica negar la existencia de cortes, de etapas en la obra, en cada una de las cuales un aspecto de la indagación dibuja un sesgo que deforma el conjunto. Esos momentos-existent y, entre otras cosas, son resultado de condiciones históricas particulares sobre las que se vuelca una misma obsesión. Esta diferencia de condiciones no es neutral: actúa sobre el pensamiento estimulando ciertos aspectos y desalentando otros, modificando el pulso en una u otra dirección de análisis que se sobredimensiona en relación con el resto.

La unidad política del pensamiento gramsciano no es una premisa sino un resultado y supone esas tensiones que autorizan a aislar analíticamente tres grandes cuerpos textuales: el que abarca hasta 1921; el de la construcción del partido comunista italiano (1921-1926) y el que incluye los "cuadernos de la cárcel". De ese tríptico, las partes más trabajadas y discutidas han sido la primera y la tercera, en desmedro de la segunda, que marca el núcleo ideológico más rico para entender las claves de una unidad estratégica de pensamiento y de acción militante.

Los tres momentos teóricos están cargados de historicidad. No son capítulos de una especulación, sino trozos de vida en el interior de un proceso alternativamente glorioso y cruel: el transcurrido durante las dos décadas que van desde la revolución rusa de 1917 hasta la miseria de los procesos de Moscú. Gramsci es actor primordial de ese ciclo y lo es aún durante los diez años que permanece en prisión, porque en ese período, como lo testi-

monian los 33 cuadernos que va dibujando con letra diminuta, el vigor de su reflexión no se atenúa. Hasta tal punto, que "las ideas más importantes que se expresaron en ese entonces en las filas de la Internacional sobre problemas de estrategia nacieron en una celda de la cárcel de Turi".

Esos cuadernos, inevitablemente secretos, contenían, en su obligada privacidad, la posibilidad de su existencia frente a un movimiento comunista ya totalmente obediente a las necesidades de la burocracia stalinista y por lo tanto dispuesto a castigar el menor asomo de herejía. La cárcel mussoliniana, paradójicamente, permite el despliegue de un pensamiento que desde la práctica política Gramsci no hubiera podido desarrollar como dirigente de un partido comunista. El lo sabía y por eso pensaba en su libertad como un nuevo acto de aislamiento. En una de sus últimas cartas, en la que señala que al ser liberado se retirará a vivir en Cardena, cerca de su pueblo natal, agrega la convicción que ese nuevo ciclo de vida ha de ser de "aislamiento completo, de degradación intelectual más acentuada que la actual, de anulación o casi anulación de algunas formas de expectativa que en estos años, aunque me han atormentado, me han dado también algo de contenido que vivir".

Penetrados por la historia, los tres momentos gramscianos se redefinen en cuanto a su periodización. El primero abarca el tiempo de la ofensiva revolucionaria; el segundo, el del reflujo, el de la defensiva; el tercero, por fin, el de la reflexión desde la doble derrota: la impuesta por el fascismo y por la degradación que progresivamente corroe a la Internacional Comunista.

Se trata, pues, de buscar el hilo que otorgue unidad a esos fragmentos. Ese hilo conductor no puede encontrarse en la génesis, concreción y desarrollo de una batería de conceptos teóricos ("hegemonía", "bloque histórico" o el que quiera elegirse), porque Gramsci no era un profesor de ciencia política. La unidad está dada por una concepción sobre la revolución y desde este punto de vista (y no al revés) debe ser leído su aparato conceptual, esto, que aparece claro en los textos escritos en libertad, lo es también para los redactados en la cárcel: todo, absolutamente todo, de lo madurado y anotado en las sucesivas celdas sobre las que transitó su voluntad increíblemente fuerte en el interior de un cuerpo devastado por la enfermedad, está directamente inspirado por la polémica política. El mismo no pensó, cuando trazaba sus primeros planes de estudio y de trabajo en la cárcel, que esa contigüidad con la política iba a ser tan estrecha. Creía que con mayor facilidad iba a recuperar al filólogo e historiador de la cultura que quiso ser en su paso por la universidad de Turín. En esa dirección trazó sus proyectos de prisionero, que luego insensiblemente no cumplió, para ir anotando, en cambio, las reflexiones más hondas y estimulantes producidas en esos años como base para una teoría de la revolución socialista en su país y, en general, para el diseño de una estrategia no reformista ni insurreccionalista de la conquista del poder.

EL CONCEPTO DE HEGEMONIA

La primera etapa histórica de la reflexión gramsciana se detiene en el análisis de las instituciones —partidos, sindicatos, conse-

jos— a través de las cuales esa hegemonía debe realizarse, como embrión de una nueva vida estatal. La segunda etapa, que recupera y no pierde de vista a la primera, atiende en especial a las características de la organización partidaria y a las formas en que, dentro de cada específica situación nacional, los grupos que intentan representar al proletariado deben articular su dirección sobre el resto de las clases subalternas.

Este segundo momento, que abarca nítidamente el período que va desde 1921 hasta la prisión, en 1926, es el de la reflexión sobre el Frente Único, como fórmula que expresa la estrategia de la guerra de posiciones en la lucha política. Lenin —anotará Gramsci en los cuadernos— no tuvo tiempo de profundizar esa fórmula. Y agrega: de todos modos sólo hubiera podido profundizarla en términos teóricos, generales, y "la tarea fundamental era nacional, es decir, exigía un reconocimiento del terreno y una fijación de los elementos de trinchera y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil".

Tocamos aquí otro eje de la preocupación gramsciana: la guerra de posiciones, la conquista de la hegemonía, no es un esquema abstracto (cosmopolita, en suma), sino que supone el análisis profundo de cada sociedad histórica, en su pasado y en su presente. "El concepto de hegemonía —dice en los cuadernos— es aquel donde se anudan las exigencias de carácter nacional." Y en la misma nota agrega: "La relación nacional es el resultado de una combinación original, única (en cierto sentido) que debe ser comprendida en esta originalidad y unidad si se desea dominarla y dirigirla."

El reclamo gramsciano —nudo de su labor que acicateará to-

das sus reflexiones teóricas— tiene que ver con la dura convicción de que no basta la formulación de una estrategia internacional; es necesario pensar para cada sociedad, para cada nación, cuáles son sus características como sistema homogéneo.

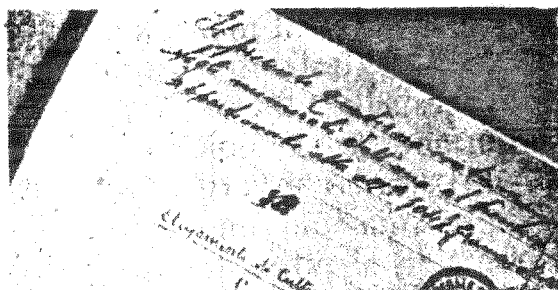
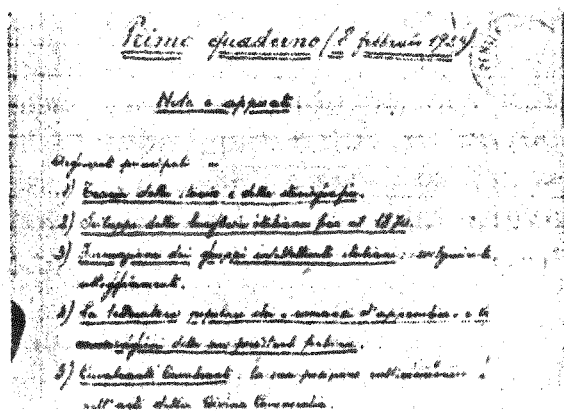
EL SOCIALISMO: "UN GRAN HECHO DEL PUEBLO"

La revolución socialista —dirá— es internacional por su dirección, por su objetivo final, "pero el punto de partida es nacional y es de aquí que es preciso partir". La revolución socialista, en fin, debe ser el

producto de una "voluntad colectiva nacional y popular". Su tarea como dirigente político y la totalidad de sus cuadernos de la "cárcel" apuntarán a develar esas características precisas que puedan hacer del socialismo "un gran hecho de pueblo".

En ese camino, Gramsci irá elaborando aspectos más específicos de esa relación entre socialismo e historia del pueblo-nación. Esos serán los "temas" de Gramsci, los que permiten trazar líneas de continuidad dentro de un pensamiento en permanente tensión. Esas líneas aparecerán en el momento de la ofensiva política, en el del reflujo revolucionario y del ascenso del fascismo y se condensarán finalmente en los bosquejos agrupados en los cuadernos de la cárcel.

El poder como una relación de fuerzas sociales que debe ser modificada y no como una institución que debe ser "tomada"; la organización partidaria como fracción interna a la clase y no como vanguardia externa a ella; la pluridimensionalidad organizativa de las clases subalternas; el papel protagónico de las masas, de su cultura y de sus instituciones propias en el proceso de conquista del poder; el socialismo no como empresa de iluminados jacobinos sino como autogobierno del pueblo y, en fin, la revolución como un acontecimiento inscrito en el desarrollo de cada historia del pueblo-nación, éstas son, apretadamente, sus observaciones, los eslabones que permiten leer en clave unitaria a un pensamiento que madura y crece hasta convertirse en uno de los estímulos más poderosos para la teoría y para la acción que han producido los movimientos revolucionarios en este siglo.



El primo Quaderno.

Gramsci, cultura y psicoanálisis

✓
Scrittura (autografa)

Antonio Gramsci

Impronta simultanea delle quattro dita lunghe della



L'impronta di Gramsci presa al momento dell'arresto.

a, y construir con ellas un nuevo bloque histórico.

En Gramsci se pasa del clásico esquema dual - el enfrentamiento proletariado-burguesía - a un planteo triangular: triunfará aquella de las clases fundamentales que consiga atraer a su campo al conjunto de las clases subalternas (campesinado, pequeña burguesía, etc.).

Hay una relación entre el proyecto político-económico y el proyecto cultural revolucionario porque la transformación de la sociedad apunta a la transformación de los hombres. Se trata de construir una nueva civilización, una nueva cultura, una nueva dirección ético-moral. Esto se liga a una concepción de desarrollo del poder popular.

En su enfrentamiento con la burguesía, las clases populares gestan sus propios organismos que anticipan la futura democracia socialista. En Gramsci, son los consejos sobre la base de las unidades de producción o de circunscripciones territoriales. El futuro Estado revolucionario se construye así en la lucha como alternativa al poder burgués.

Los consejos son también un ámbito de educación recíproca: se desarrollan en ellos pautas de vida y valores opuestos a la competitividad e individualismo de la civilización burguesa. Hay una confianza en la creatividad popular y un rechazo a toda separación de cultura y política: el socialismo es una visión de la vida, junto a una crítica del capitalismo como civilización integral.

No puede haber clase obrera autónoma sin una visión autónoma del mundo.

La cultura engloba las obras, los modos de pensamiento - la filosofía entre ellos - y los modos de vivir y pensar. Así la filosofía marxista aparece como instrumento de la reforma intelectual y moral, o sea, se trata de una revolución cultural.

2) Como es sabido, la teoría freudiana de la cultura apunta a la dialéctica entre individuo y sociedad, fundada en los procesos de represión y sublimación.

Freud, sobre todo en "El malestar en la cultura" (1929), plantea el conflicto entre individuo y sociedad: la represión y la neurosis son procesos inevitables para el hombre como individuo civilizado. La sociedad se constituye en persona en la medida que introyecta la represión social.

En "La moral sexual natural, y la nerviosidad moderna", (1908), Freud distingue la moral sexual natural, producto del grado de represión sexual indispensable, de la moral sexual cultural, que representa las restricciones innecesarias y sobrantes que la sociedad moderna impone al individuo. La represión innecesaria no sólo dificulta la sublimación cultural sino que puede producir graves daños a la formación psicológica individual y a la sociedad entera. El determinar el carácter represivo intrínseco a la cultura permitirá, a partir de Freud, a la izquierda freudiana (Reich, Marcuse), advertir acerca de la sobre-represión erótica que impone la moral burguesa y su ética productivista a través de la división autoritaria y tecnocrática del trabajo y mediante la manipulación política y cultural que ejercen los aparatos ideológi-

1) Gramsci afirma que la hegemonía que ejerce la burguesía está basada, no sólo en la fuerza, en la coerción de los aparatos estatales, sino también en la capacidad de esta clase para generar un consenso e imponer una dirección al conjunto de la sociedad.

De ahí el peso y la importancia de las instituciones de la sociedad civil donde se consolida y difunde este consenso, pues plantea una estrategia de toma de trincheras en el seno de la sociedad civil como etapa previa y necesaria para el acceso a la fortaleza central del aparato del Estado.

Gestar su hegemonía, significa así, para el proletariado, desarrollar la capacidad de integrar a su proyecto al conjunto de clases que no viven del trabajo ajeno, clases hasta ese momento hegemonizadas por la burguesía.

cos.

3) Los desarrollos de Gramsci reflexionando acerca de los cambios culturales que la civilización capitalista de su época impone a los individuos van en una dirección similar y se articulan de esta forma con los planteos freudianos. Este proceso no es igual en todas las clases y Freud en "El porvenir de una ilusión" (1927), se acerca a considerarlo: "La cultura se basa en la coacción al trabajo promoviendo la oposición de aquellos sobre los cuales recaen tales exigencias. Cuando una civilización no logra evitar que la satisfacción de cierto número de sus partícipes tenga como premisa la opresión de la mayoría, es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen... con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan. Una cultura así los incita a la rebelión, no puede durar mucho y no lo merece".

Plantea que la estructura material de la sociedad ejerce su influencia sobre la medida de la libertad sexual restante: "La medida en que los bienes existentes permiten la satisfacción de los instintos ejerce influencia sobre las relaciones de los hombres... el hombre mismo puede ser un bien material para otro en cuanto utiliza su capacidad para el trabajo o hace de él un objeto sexual". Aquí Freud va más allá que los propios marxistas al articular las relaciones de explotación con las relaciones sexuales de objeto.

4) Gramsci afirma, en "Cuadernos de la Cárcel", que la organización capitalista exige el control de los gastos de energía sexual. De allí las ideologías puritanas que pueden llegar a ser una ideología de Estado. Esto remite la cuestión sexual a una doble localización: en el aparato de producción y en las superestructuras.

Habermas dirá, en la misma dirección, que una racionalización en el nivel superior, el Estado, está acompañada por una racionalización en los niveles inferiores (microsociales). Esta exigencia de la lógica de la acumulación capitalista -principio de realidad para esta sociedad- plantea una contradicción, y aquí también se acercan Gramsci y Freud, entre las clases no ligadas a la producción y el moralismo impuesto a las clases subalternas. No y aceptable del freudismo es la exigencia del estudio de los contragolpes patológicos resultantes de toda construcción de un hombre colectivo, de todo informismo social, en cada nivel de civilización.

La difusión en las fábricas del "fordismo", montaje en serie, y de los métodos del taylorismo que regulan tiempos y ritmos de trabajo estereotipados para incrementar la productividad y la explotación, aumenta la presión social y las restricciones sexuales a fin de no desviar la energía de las exigencias de la producción. Vincula el surgimiento del psicoanálisis con la necesidad de compensar el puritanismo y sus sistemas de tabúes.

Para un punto de vista marxista que el psicoanálisis se haya forjado en el cruce de los siglos es una consecuencia lógica. La hi-

pertrófia de la represión, es el requisito para que ésta en su forma individual se haya convertido en un problema para la burguesía. Esto es válido para ubicar su aparición con determinada situación social y cultural sin que ésta signifique dilucidar acerca de la validez de sus descubrimientos.

"El tratamiento psicoanalista sólo puede ser aprovechado por aquellos que, presos de los térreros contrastes de la vida moderna, no consiguen por sus propios medios descubrir la razón de sus conflictos." Si bien es cierto que Freud no ha jerarquizado el terreno sociopolítico donde se juega una parte tan fundamental de la conflictividad humana, también hay que destacar que la toma de conciencia de su historia inconsciente contribuye en cada hombre en la superación de su propia alienación y en la constitución de su ser como sujeto.

También Gramsci se interroga acerca de la línea de demarcación de la conciencia y el inconsciente, en la temprana infancia: "Creo que se atribuye al atavismo y a la mneme muchos rasgos que son exclusivamente históricos y adquiridos en la vida social que comienza apenas se ve la luz... ¿quién puede decidir dónde comienza, si en la conciencia o en la subconciencia, el trabajo psíquico de las primeras percepciones?".

Dejando de lado la incompleta comprensión de Gramsci acerca de la teoría del inconsciente, es válida su preocupación por la articulación de lo psicológico y lo social en la infancia. El marxismo dogmático, -la desviación stalinista, que no es el marxismo de Gramsci ni tampoco el de Marx- no pudo asimilar el

descubrimiento de Freud de que la conciencia adulta viene determinada además de por el ser económico, por el ser infantil, mediado a su vez por la sociedad, o sea por lo socio-económico-político. Este reproche sólo está justificado en el sentido que el psicoanálisis, a veces ha sido ciego a los determinantes sociales y económicos del desarrollo de la personalidad.

Pero también cabe el reproche inverso: Igor Caruso afirmaba que la antropología marxista descuida al niño desde un principio. De ahí que el hombre adulto quedara corto en algún aspecto personal. El marxismo podrá visualizar al hombre como miembro de una sociedad concreta pero como miembro abstracto de ella. Agregamos nosotros que el psicoanálisis no enseña acerca de la sociedad capitalista, sino sobre lo que el hombre ha llegado a ser afectivamente en ella.

Gramsci plantea también el tema de la subordinación de la mujer, la ideología de la mujer y la ideología patriarcal como articulación entre la sociedad y el Estado: "Mientras la mujer no haya alcanzado, no sólo una real independencia frente al hombre, sino también una nueva forma de concebirse a sí misma y de concebir su papel en las relaciones sexuales, la cuestión sexual estará llena de rasgos morbosos".

Freud, en "La moral sexual cultural...", había interpretado la "inferioridad" intelectual de la mujer, como consecuencia de la temprana prohibición de ocupar sus pensamientos con los problemas de su vida sexual.

6) Una perspectiva economicista que deduce mecánicamente de la infraestructura económica los hechos humanos, se afirmaba en una lectura esquemática de aquella afirmación de Marx en el prólogo a la "Contribución a la crítica de la Economía Política" (1859), en el sentido que el ser social determina la conciencia y no ésta el ser social. Stalin luego pontificará: "el marxismo concibe las leyes de las ciencias como reflejo de procesos objetivos que ocurren con independencia de la voluntad de los hombres", perdiéndose así toda la riqueza de las mediaciones subjetivas, que en cada individuo concreto, van desde el ser social hasta su conciencia y voluntad.

Engels, en "Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana", afirmaba: "la voluntad está movida por la pasión y la reflexión, pero los resortes que mueven directamente a éstos son motivos muy diversos. Unas veces sin objetos externos, otras veces son motivos ideales: ambición, pasión por la verdad y la justicia, odio personal y manías de todo género".

La aportación psicoanalítica a la dialéctica entre el ser y la conciencia, estriba en conocer genéticamente los "motivos ideales" que los clásicos del marxismo sólo podrán describir fenomenológicamente.

Engels en su carta a Memring, del 14/7/1893, postula: "la ideología opera conscientemente pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que la generan permanecen ignoradas por el sujeto, de otro modo no sería tal el proceso ideológico".

Detectar las fuerzas propulsoras ocultas que llevan a los explotados a adherirse a la ideología de los explotadores conduce a descubrir la ideología hostil a la sexualidad a la que también está expuesto el proletariado, que hace del hombre un ser receloso, temeroso de la autoridad, inhibido en su capacidad de crítica.

El proceso de socialización que opera en las mallas de la sociedad civil, desde la familia, la escuela y la fábrica, el consenso, diría Gramsci, en torno a los modos de vida de la civilización capitalista, se internalizan en cada individuo, diría Freud, a través de la mediación del super-yo.

El sujeto se identifica con sus educadores y padres, quienes se atienen a su vez a su propio super-yo: así se entroniza la contrarrevolución en las capas más profundas del psiquismo.

La relativa independencia y fijación de las ideologías del super-yo frente a la evolución puntual de la situación económica, explica los desfases entre una situación objetivamente crítica y el retardo en la conciencia de las masas.

De aquí surge, para el movimiento socialista, la necesidad de articular las cuestiones globales de la sociedad, de la economía y el Estado, con los temas de la vida cotidiana. Programas objetivamente concretos no alcanzan, es suponer que el lado subjetivo funciona racionalmente.

7) Construir una nueva hegemonía implica la socialización del Estado y la politización de la sociedad civil, llevando la lucha al terreno

de la vida cotidiana para desenmascarar los engranajes del sistema de dominación de la burguesía internalizados en cada individuo.

Para avanzar hacia una crítica de la división tecnocrática del trabajo, para incorporar a la mujer y abolir el autoritarismo patriarcal, para

el análisis y la denuncia de la acción de los medios masivos de comunicación de masas, para la revolución simultánea de los procesos ideológicos y de los valores pedagógicos hay que llevar la lucha al terreno cultural.

Gramsci, desde la soledad de su celda, decía

Bertold Brecht, dialogaba con todos los hombres del mundo, dialogaba también con Freud, y ese diálogo, cuyo eco llega hasta nosotros, ilumina las perspectivas de la lucha y del proyecto de la revolución socialista.



ALGUNOS DATOS. BIOGRAFICOS

Gramsci, que provenía de una humilde familia de Ales, Cagliari, isla de Cerdeña, se afilió muy joven al Partido Socialista Italiano. Comenzó a escribir en 1914 en el periódico juvenil "El Grito del Pueblo" y a colaborar en el legendario diario socialista "Avanti".

Posteriormente dio vida al órgano de las Juventudes Socialistas "La Ciudad Futura" y pasó a dirigir la oposición de izquierda en el PSI. En 1919, desde de las páginas de "El Orden Nuevo" (L'Ordine Nuovo) defendió los "consejos de fábrica" durante el proceso revolucionario vivido en Turín en 1919. En 1920, Gramsci, convertido ya en el líder del movimiento "consejista" publicó su tesis "Por una renovación del Partido Socialista".

En 1921, encabezó junto

a Bordiga y Togliati, después del congreso de Livorno, el Partido Comunista Italiano, cuya secretaría general pasó a ocupar. Político, diputado, publicista, organizador, Antonio Gramsci permaneció preso en las cárceles de Mussolini. El fiscal fascista, en su alegato había afirmado: "Tenemos que impedir durante veinte años que este cerebro funcione".

Pero, a pesar del martirio, Gramsci logró trascender su encierro con su firme conciencia de intelectual y político revolucionario. De esa época, datan sus "Cuadernos de la cárcel" que desglosados reúnen en seis volúmenes sus estudios sobre: "El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce"; "Los intelectuales y la organización de la cultura". "El risorgimiento"; "Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno"; "Literatura y vida nacional" y "Pasado presente".

FUENTES

Todos los artículos han sido recopilados del Semanario Alternativa Socialista citándose número, fecha y páginas en los cuales han aparecido.

- "La necesidad de la consideración atenta al elemento nacional-popular en la elaboración del proyecto socialista". Algunos temas en los "cuadernos" de Antonio Gramsci. (No. 37, 14/8/86, p. 8 y 9).

- "Los conocimientos y la nueva visión del mundo". La noción de hegemonía en Antonio Gramsci. (No.42, 18/9/86, p.16).

- "En el aniversario de Antonio Gramsci. Razones para una democracia popular. (No.71, 23/4/87, p. 12 y 13).

- Gramsci, cultura y psicoanálisis. (no.114, 3/3/88, p.13).

INDICE

Algunos temas en los
"cuadernos" de Antonio
Gramsci. _____ 2

La noción de Hegemonía de A.
Gramsci. _____ 6

Razones para una Democracia
Popular _____ 10

Gramsci, cultura y psicoanálisis
16

Algunos datos
bibliográficos _____ 22

Fuentes e Índice _____ 23



Comisión de Prensa y propaganda
Juventud Socialista del Uruguay